DE BUONAPARTE,

DE

LOS BORBONES,

Y DE LA NECESIDAD DE UNIRSE Á NUESTROS LEGÍTIMOS PRINCIPES, PARA QUE LA FRANCIA Y LA EUROPA SEAN FELICES.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

Traducido en Castellano por * * *.

BARCELONA,
IMPRENTA DE ANTONIO BRUSI.

AÑO 1814.

SHOUT
SHARE
IT

DU BUONAPARTE
DES BOURBONS

DE BUONAPARTE

Y DE

LOS BORBONES.

No, no creeré nunca que escribo cabe el sepulcro de la Francia; ni puedo persuadirme á que pasado el dia de las venganzas no esté cerca de nosotros el de las misericordias. Ni puede ser hecho pedazos el antiguo patrimonio de los reyes cristianísimos, ni perecer el reyno que dió á luz la moribunda Roma en mitad de sus ruínas, como última prueba de su grandeza. No han sido los hombres solos quienes los sucesos que presenciamos han conducido; visible se muestra en ellos la diestra de la Providencia. La Divinidad misma va patente á la cabeza de las huestes, y toma asiento en los consejos de los monarcas. ¿Como, sin la intervencion divina, explicaríamos la portentosa elevacion, y la caída

C
DC 36.8
.B7
C 43p
1814

todavía mas portentosa de aquel que poco hace hollaba el orbe á sus plantas? Apenas hace quince meses que estaba en Moscou, y hoy estan los Rusos en París, todo, desde las columnas de Hércules hasta el Caucaso, adoraba temblando sus leyes, y hoy se vé prófugo, errante, sin asilo; como el fluxo del Océano se extendió su poder, y como su refluxo, asi se ha retirado.

¿Como darémos razon de los yerros de este frenético, porqué no tratamos todavía de sus delitos?

Preparada la revolucion por la corrupcion de las costumbres y los extravíos de la razon, estalla al cabo; caen embatidas en nombre de las leyes, la religion y la moral; abandónase la experiencia y los paternos usos; profánanse las tumbas de nuestros abuelos, único cimiento duradero de todo gobierno, para asentar en una vacilante razon una sociedad sin tiempo pasado y sin venidero. Vagantes en nuestros propios delirios, perdida toda idea de justicia y de injusticia, de bien y de mal, recorrimos las varias formas de gobierno republicano. Convidamos al populacho, á que en mitad de las calles de París deliberara acerca de los importantes asuntos que ventilaba en el Foro el pueblo romano, despues que habia desceñido sus aruas, y bañadose en las aguas del Tiber. Saliéron entónces de sus inmundos albergues enxambres de reyes medio desnudos, embrutecidos con la miseria, horridos y estropeados con sus faenas; que todas las virtudes en la inso-

lencia de la pobreza y la altivez de los andrajos cifraban. A tales manos entregada la patria, en breve fué toda cubierta de llagas. ¿Que fruto sacamos de nuestras quimeras y delirios? Grillos y delitos. Empero la voz á lo menos que entonces parecia conducirnos era noble y generosa. No achaquemos á la libertad los horrores que en su nombre se cometiéron: ni es la sana filosofía fuente de las ponzoñosas doctrinas que á sombra de ella se esparcen. La antorcha de la experiencia nos mostró al fin que el gobierno monárquico era el único que á nuestra patria convenía.

Cosa natural habria sido llamar á nuestros legítimos príncipes, pero creímos que nuestros yerros eran sobrado graves para ser perdonados, sin acordarnos de que el corazon de un hijo de San Luis es un inagotable tesoro de misericordia. Unos temian perder su vida; sus riquezas otros. ¡Y luego es tan penoso para la soberbia humana confesar que se ha equivocado! ¡Tantas muertes, tanto trastorno, tanta desventura, para tornar al punto de donde habiamos salido! Exâsperadas aun las pasiones, no podian todavia abandonar el deseo de una igualdad quimérica, principal orígen de nuestros males. Motivos poderosos nos impelian; mezquinas razones nos detuvieron, y fué la pública felicidad víctima del interes personal, y de la vanidad la justicia.

Fué por tanto necesario nombrar un caudillo supremo, parto de la revolucion; un caudillo por el qual corrumpida en su nativa fuente la

ley, amparara la corrupcion y con ella se hermanara. En medio de nuestras discordias se habian formado magistrados integros, rectos y animosos, y capitanes no ménos por su probidad que por su talento ilustres; mas no los brindáron con una potencia que sus principios no les hubieran permitido que admitiesen. Nadie esperó, hallar entre los Franceses frente osada á ceñirse la corona de Luis XVI. Presentose un extrangero y fué elegido.

Buonaparte no manifestó á las claras sus proyectos: por grados fué desenvolviéndose su carácter. Con el modesto título de cónsul acostumbró primero los ánimos independientes á no asustarse con la potencia que le habían conferido. Se grangeó el cariño de los buenos Franceses proclamando ser el restaurador del órden, las leyes y la religion. Engañó á los mas prudentes, y seduxo á los mas sagaces. Contemplaban los republicanos en Buonaparte su obra propia, y el caudillo popular de un estado libre, y creyendo los realistas que representaba el papel de Monck, se esmeraban en servirle. Todos fundaban en él sus esperanzas. Las esclarecidas victorias que al denuedo de los Franceses debia, le habian llenado de gloria. Embriagóle entonces su buena fortuna, y empezaron á manifestarse sus depravadas inclinaciones. Dudarán los siglos venideros si ha cometido mas graves delitos con los males que ha hecho, que con el bien que pudiendo ha dexado de hacer. Nunca pudo un usurpador

representar mas fácil y brillante papel. Con alguna moderacion, él y su linage se sentaban para siempre en el primer trono del mundo, y ninguno se le disputaba. Desde la revolucion eran ignorados nuestros antiguos soberanos de la generacion que solo disturbios y desventuras había presenciado. Fatigada la Francia y la Europa solo anhelaban por el sosiego, que á qualquier precio habrian comprado. Empero no permitió el Cielo que viera tan funesto exemplo el mundo, que pudiera un aventurero perturbar el órden de las sucesiones reales, alzarse con la herencia de los héroes, aprovechándose en solo un dia de los despojos del ingenio, la gloria y los siglos. A falta de derechos de su cuna solo con extraordinarias virtudes es dado á un usurpador legitimar sus pretensiones al trono, y en tal caso nada podía alegar Buonaparte, excepto el talento militar, que igualaba, si no le sobrepujaba, el de muchos de nuestros generales. Bastó á la Providencia para perderle con abandonarle en manos de su propia locura.

Decía un Rey de Francia que si se desapareciera la buena fé del linage humano, se debería encontrar en el corazon de los monarcas, y esta prenda necesaria en un pecho real nunca la tuvo Buonaparte. La primera víctima que conocemos de la alevosía del tirano fué un caudillo de realistas de la Normandía. Cometió M. de Frotté la generosa imprudencia de hallarse en una conferencia á que fué llamado en fé de una palabra

solemne, y fué arrestado y arcabuceado. Poco despues sacado á traicion de América Santos Louverture murió ahorcado en el castillo de Europa donde le habian encerrado.

En breve consternó un asesinato mas celebre al orbe civilizado. Creímos entonces que iban á renacer los siglos de barbarie de la edad media; aquellas escenas que ya solo en las novelas se encuentran, las catástrofes con que del otro lado de los Alpes habian familiarizado las guerras civiles de Italia y la política de Maquiavelo. Un extrangero que todavía no era rey quiso que fuera alfombra de su trono el cadáver ensangrentado de un Frances. ¡Y que Frances, santo Dios! Todo se violó para cometer tamaño delito; derecho de gentes, justicia, religion, humanidad. En el seno de la paz es arrestado el duque de Enguien en país extrangero, y sacado del castillo de Ofenburgo. Era muy mozo para conocer la Francia, quando la dexó; dentro de una silla de posta, entre dos gendarmas contempla por la vez primera la tierra natal, y atraviesa para morir los campos que ilustraron sus abuelos. A media noche llega á la torre de Vincena. A la luz de las hachas, baxo las bóvedas de una mazmorra es declarado el nieto del Gran Conde reo de haber peleado en los campos de batalla, y convicto de este hereditario delito es condenado á muerte. En valde solicita hablar con Buonaparte; (¡sencillez no menos que patética heroyca!) era el valiente mozo uno de los mas apasionados de

su asesino, y no se podia figurar que quisiera un capitan asesinar á un soldado. Extenuado aun de hambre y fatiga, le baxaron á los barrancos de la fortaleza; alli vió un foso que acababan de abrir; alli le desnudaron de sus vestiduras, y le ataron un farol al pecho para mejor distinguirle en la obscuridad, y acertar con la bala al corazon. Quiso dar á sus verdugos su relox, rogándoles que anunciaran á sus amigos su postrera voluntad, y le insultáron estos con groseria. Mandan hacer fuego, y cae el duque de Enguien en el seno de su patria, á pocas leguas de Chantilly, á pocos pasos de los antiguos árboles á cuya sombra administraba el Santo Rey Luis justicia á sus vasallos, en la cárcel en que estuvo encerrado el príncipe de su casa, sucesor en el mando del duque de Orleans regente. El mozo osado y generoso, el postrer vástago del vencedor de Rocroy, expira como hubiera muerto el Gran Condé, y como no morirá su asesino. A escondidas fue dada sepultura á su cadáver; ni resuscitará Bossuet para ilustrar con su eloqüencia sus cenizas.

El que por su delito se ha hecho el mas vil del humano linage á veces intenta en compensacion afectar que es superior á la humanidad por sus designios, dando por pretexto de una atrocidad motivos incomprehensibles para el vulgo, y persuadiendo á que el abismo de iniquidades es lo mas profundo del ingenio. Recurrió pues Buonaparte á tan miserable estratagema, que á nadie

engaña, y que no equivale al verdadero arrepentimiento, y no pudiendo esconder su accion, le dió la mayor publicidad.

Quando oyó Paris pregonar la sentencia de muerte, nadie disimuló el afecto de horror que en todos los moradores excitaba. Preguntábanse todos con que derecho un Corso habia vertido la mas generosa y mas pura sangre de Francia, y si creía que su familia semi-africana reemplazaría la francesa que acababa de extinguir. Estremesiéronse especialmente los militares cuyo peculio parecía el nombre de Condé, representando á sus ojos la honra del exército frances. Varias veces habían nuestros granaderos encontrado en la pelea las tres generaciones de heroes, al príncipe de Condé, y á los duques de Borbon y Enguien, y habían herido al duque de Borbon, pero no podía apurar tan ilustre sangre una espada francesa; y solo á un extrangero estaba reservado verter hasta la última gota de la que por las venas de un Condé corría.

Cada nacion tiene sus peculiares vicios, y no son los de los Franceses la alevosía, la ingratitud y el encono. La muerte del duque de Enguien, la tortura y el asesinato de Pichegrú, la guerra de España y la cautividad del Papa, anuncian en Buonaparte su cuna extrangera. Aunque abrumados con las cadenas que en nuestros hombros cargaban, no ménos compasivos con la desgracia que amantes de la gloria, lloramos al duque de Enguien, á Pichegrú, Jorge y Moreau; tributa-

mos nuestra admiracion á Zaragoza, y nuestro respetuoso homenage á un Pontífice cargado de grillos. El que robó sus estados al venerable sacerdote que habia puesto en su frente la corona; el que tuvo la osadía de poner en Fontainebleau la mano en el Sumo Pontífice, y arrastrar por sus canas al padre de los fieles, creyendo acaso alcanzar un nuevo triunfo, no sabía que le quedaba al heredero de Jesu-Cristo el cetro de caña, y la corona de espinas que tarde ó temprano vencen el poderío de los perversos.

Vendrá tiempo, segun espero, que declaren con un acto solemne los Franceses libres que no han sido cómplices de estos horrores tiránicos, que el asesinato del duque de Enguien, la cautividad del Papa y la guerra de España son acciones impías, sacrílegas, odiosas, y mas que todo anti-francesas, y que toda su ignominia recae en la cabeza de un extrangero.

Valiéndose Buonaparte del terror que nos inspiró el asesinato de Vincena, salvó al fin la última valla, y se sentó en el solio.

Desde esta época empiezan las grandes saturnales de la monarquía; los delitos, la opresion y la esclavitud corren parejas con el desvarío. Muere toda libertad: todo afecto honrado, toda idea generosa se convierten en conspiracion contra el estado. Quien habla de virtud es sospechoso; elogiar una noble accion es agraviar al príncipe. Múdase la significacion de las voces; un pueblo que pelea por sus legítimos reyes es una nacion

rebelde ; el traidor un vasallo fiel ; se convierte toda la Francia en imperio de la mentira ; diarios , folletos , discursos , prosa y verso , todo disimula la verdad. Si llueve afirman que hace Sol; si se pasea el tirano en mitad de un pueblo mudo, dicen que le han acompañado las aclamaciones de la muchedumbre. El fin de todas las cosas es el príncipe , y consiste la moral en sacrificarse á sus antojos , y la obligacion en elogiarle , especialmente quando hace un yerro ó comete un delito. Se fuerza con amenazas á los literatos á que celebren al déspota. Ajustaban los autores los grados de elogio que le habian de tributar , y tenían á mucha dicha que á precio de algunas cosas sabidas acerca de la gloria bélica , les dexaran lanzar un suspiro , denunciar un delito , ó recordar una verdad proscrita. No podía publicarse un libro que no llevara el elogio de Buonaparte , como el sello de servidumbre ; y en las nuevas impresiones de los libros antiguos borraba la censura quanto había contra los conquistadores , la esclavitud y la tiranía , así como había querido enmendar el Directorio quanto en los mismos autores de la monarquía y los reyes hablaba. Se exâminaban con escrúpulo los almanaques , y la conscripcion era artículo de fe del nuevo catecismo. La misma servilidad en las artes : envenena Buonaparte á los pestilenciados de Jafa , y le pinta un quadro tocándolos por un exceso de valor y humanidad. No sanaba así San Luis á los enfermos que una patética y generosa

confianza á sus regias manos ofrecia. No hay para que mentar la opinion pública, porque es maxîma corriente que debe dictarla cada mañana el soberano. En la policía perfeccionada por Buonaparte había una junta encargada de dirigir el espíritu público, y al frente de dicha junta un director de la opinion. Los dos vastos medios de tener alucinado el pueblo eran la impostura y el silencio. Si mueren vuestros hijos en el campo de batalla, ¿pensais que hagan de vosotros suficiente aprecio para deciros que ha sido de ellos? Os encubrirán los sucesos que mas importen á la Francia, á la Europa, y al mundo entero. Está el enemigo en Meaux, y lo sabeis por la fuga de la gente de los lugares; os cercan de tinieblas, hacen burla de vuestros sustos, se rien de vuestro sentimiento, y desprecian quanto sentis y pensais. Quereis alzar el grito, y os denuncia un espía, os prende un gendarma, os sentencia una comision militar, os arcabucean, y nadie habla de vosotros.

No bastaba encadenar á los padres, tambien era necesario disponer á su antojo de los hijos. Madres hemos visto que acudian de los confines del imperio, para reclamar deshechas en llanto á sus hijos que les habia robado el gobierno. Ponian á estos en escuelas donde les enseñaban, á son de tambor, la irreligion, la disolucion, á despreciar las virtudes domésticas y obedecer ciegamente al soberano. Trataba Buonaparte de abuso y preocupacion la autoridad paternal, que respetaron los mas horrorosos tiranos de la anti-

güedad, y quería que fueran nuestros hijos una especie de Mamelucos sin Dios, ni familia, ni patria. Parece que quería este enemigo universal derribar la Francia por sus cimientos. Mas ha corrompido á los hombres y mas daño ha hecho al linage humano en el corto espacio de diez años que todos los tiranos de Roma juntos, desde Neron hasta el postrer perseguidor de los Cristianos. Trasmitíanse de su gobierno á las varias clases de la sociedad los principios en que fundaba su administracion, porque introduce el vicio en los pueblos un gobierno perverso, así como uno justo propaga la virtud. Desde el trono cundían en las familias la irreligion, el ansia de gozar y gastar mas de lo que cada uno tenía, un espíritu de vagamundería, violencia y dominacion. Con poco tiempo mas de semejante reynado hubiera sido toda la Francia una cueva de ladrones.

Los delitos de nuestra revolucion republicana fuéron aborto de las pasiones que no privan de recursos; la sociedad estaba desordenada, mas no destruida; violada la moral, no aniquilada. Quedaba el remordimiento de la conciencia, y no confundía una fatal indiferencia al inocente con el culpado; por eso se hubieran podido fácilmente reparar las calamidades de aquellos tiempos. ¿Mas como sanarémos de la llaga que nos ha hecho un gobierno que por principio asentaba el despotismo; que hablando de religion y moral destruía con sus leyes y su escarnio la moral y la religion; que aspiraba á fundar el

órden no en la obligacion y la ley, sino en la fuerza y en los espías de policía; que miraba el parasismo de la esclavitud como la paz de una sociedad bien organizada, fiel á los usos de sus padres, y que va silenciosa por la senda de las antiguas virtudes? Mas vale la mas terrible revolucion que situacion semejante, porque si se originan de las guerras civiles delitos públicos, tambien producen virtudes particulares, y hombres y talentos grandes. En el despotismo es donde desaparecen los imperios; en el despotismo que abusando de los medios todos, y matando las almas todavía mas que los cuerpos, tarde ó temprano acarrea la disolucion y la conquista. No hay exemplo de nacion libre que haya perecido por guerras entre los ciudadanos, y los estados que se han abatido á sus propias borrascas han vuelto á alzarse mas florecientes.

Han encomiado algunos la administracion de Buonaparte, y si consiste esta en números, si basta para gobernar bien saber quanto trigo, vino y aceyte produce una provincia, el último peso duro, y el último hombre que de ella puede sacarse, Buonaparte era en tal caso gran administrador; ni es posible organizar mas bien el mal, y poner mas en órden el desórden. Empero si es la mejor administracion la que mantiene en paz al pueblo, la que conserva en él los afectos de piedad y justicia, la que es avara de sangre humana, la que respeta los derechos de los ciudadanos, las propiedades y

las familias, entónces era el gobierno de Buonaparte el peor de los gobiernos.

¡Y quantos yerros y torpezas aun en su propio sistema! Una crecida parte de las rentas del estado la consumía una dispendiosa administracion, y un exército de guardas y recaudadores devoraba los impuestos que cobraba. El mas mezquino xefe de oficina tenia cinco ó seis oficiales subordinados. Parece que Buonaparte había declarado la guerra al comercio. Si en Francia nacía algun ramo de industria se apoderaba de él, y luego se secaba en sus manos. Tabaco, sal, lana, generos coloniales; de todo hacía un objeto de odioso estanco, y se había hecho el único mercader de su imperio. Con sus absurdas combinaciones, ó mas bien su ignorancia y su desafecto á la marina, había acabado de perder nuestras colonias, y aniquilar nuestras esquadras. Construía grandes navíos que se podrían en los puertos, ó que él mismo desarmaba para acudir á las urgencias de su exército de tierra. Cien fragatas esparcidas en todos los mares hubieran causado graves perjuicios á los contrarios, siendo plantel de buenos marineros franceses, y amparando nuestras embarcaciones mercantes; pero estas primeras ideas de sentido comun no tenian cabida en la cabeza de Buonaparte. No atribuyamos á sus leyes los adelantamientos de nuestra agricultura, que se deben á la division de vastas propiedades territoriales, á la abolicion de algunos derechos

feudales, y á otras muchas causas nacidas de la revolucion. Todos los dias con decretos contradictorios, y á veces impracticables, fatigaba este inquieto y extravagante hombre, á un pueblo que solo de sosiego necesitaba, y violaba por la tarde la ley, que por la mañana había hecho. En diez años ha devorado tres mil millones de pesos duros de impuestos; suma que excede las contribuciones cobradas en los setenta y siete años del reynado de Luis XIV. Los despojos del mundo, trescientos millones de duros de renta; nada le bastaba, y era su único esmero aumentar su tesoro con los mas iniquos medios. El prefecto, el subprefecto, el corregidor, todos tenian facultad para aumentar los derechos de puertas, para imponer ochavos adicionales en las villas, aldeas y lugares, para exîgir de un propietario tal ó tal cantidad para una supuesta urgencia. Estaba la Francia toda entregada al saqueo: enfermedades, pobreza, muerte, educacion, artes, ciencias; todo pagaba tributo al príncipe. Quien tenía un hijo estropeado, tullido, incapaz de servicio, la ley de la conscripcion le obligaba á pagar trescientos duros para consuelo de su desgracia. A veces moría un conscripto enfermo ántes de haber sido exâminado por el capitan de recluta. ¿No es de creer que en tal caso no se exîgían de su padre los trescientos duros de reforma? Pues no es así. Si se había dado la declaracion ántes de su fallecimiento, como á la sazon estaba en

vida el conscripto, tenía obligacion su padre de satisfacer la suma junto al sepulcro de su difunto hijo. Quando quería un pobre dar alguna educacion á uno de sus hijos, tenía que pagar á la Universidad ciento y ocho pesetas, ademas de un tanto de la pension del maestro. ¿Citaba un autor moderno á otro antiguo? Siendo las obras del último lo que llamaban *peculio público*, exîgía la censura un real de vellon por cada línea citada. Si se traducía el pasage citado solo se pagaba medio real, porque se reputaba entónces *peculio mixto*, que pertenecia por iguales partes al trabajo del autor vivo y al muerto. El invierno de 1811, quando mandó Buonaparte dar socorros á los pobres, creimos que los sacaría de su tesoro; mas con este pretexto impuso ochavos adicionales, y ganó diez y seis millones de reales en la sopa de los pobres. Al fin le hemos visto alzarse con la administracion de los entierros; y era cosa digna del destructor de los Franceses cobrar un impuesto sobre sus cadáveres. ¿Como era posible reclamar la proteccion de las leyes, quando era él quien las hacia? Una vez se atrevio á hablar el cuerpo legislativo, y fue disuelto. Un artículo de los nuevos códigos echaba por tierra la propiedad. Estaba en mano de un administrador de bienes nacionales deciros: «Vuestra tierra es de bienes »nacionales. Interinamente la embargo; id y »litigad. Si no tiene razon la administracion, os »será restituida." ¿Y á quien recurríais en tal

caso? ¿A los tribunales ordinarios? No; estos litigios eran de la jurisdiccion del consejo de estado, y se litigaban ante el Emperador que era juez y parte.

Ménos segura estaba todavía la libertad civil, quando era tan incierta la propiedad. ¿Que cosa mas monstruosa hay que la comision nombrada para la inspeccion de las cárceles, y por cuyo informe podía ser detenido un hombre toda su vida dentro de un calabozo, sin acusacion, sin causa, y sin sentencia, puesto á qüestion de tormento, arcabuceado de noche, ó ahorcado en su mazmorra? En medio de estos horrores hacía cada año Buonaparte nombrar comisiones de libertad de imprenta y libertad individual. Nunca Tiberio se burló con tanto descaro del género humano.

La conscripcion coronaba por remate estas obras del despotismo. La Escandinavia que califica un autor de *fábrica del linage humano*, no habría podido dar gente suficiente para esta ley homicida. Será el código de la conscripcion perdurable monumento del reynado de Buonaparte. En él se halla reunido quanto la mas sutil y mas ingeniosa tiranía pudo imaginar para atormentar y devorar á los pueblos, y es verdaderamente el código del infierno. Cortabanse á períodos determinados las generaciones de Francia, como los árboles de un bosque; cada año se derribaban ochenta mil mancebos, y esta era la matanza ordinaria, porque muchas veces se do-

blaba la conscripcion, ó se aumentaba con levas extraordinarias, y otras devoraba las víctimas futuras, como los pródigos piden prestado á cuenta de sus rentas venideras. Al fin lo arrebataban todo sin entrar en cuenta; ni se hacía caso de la edad legítima, y los demas requisitos para morir en un campo de batalla, y en esta parte la ley era de la mas admirable indulgencia. Subían hácia la niñez, baxaban hácia la senectud; eran alistados de nuevo los reformados y los reemplazados; se veía precisado á marchar el hijo de un infeliz artesano rescatado tres veces á precio del corto caudal de su padre. Ya no eran motivo de excepcion las enfermedades, dolencias y defectos corporales. Atravesaban nuestras provincias, qual si fueran pais enemigo, colunas movibles, que robaban al pueblo sus últimos hijos. Si alguien se quexaba de tamaña desolacion le respondían que las colunas movibles las formaban robustos gendarmas, que consolarían á las madres, restituyéndoles lo que habían perdido. Cogían al hermano presente, á falta del ausente. Respondía el padre del hijo, la muger del marido, y eran responsables hasta los mas remotos parientes y los vecinos. Un lugar entero salia por fiador del conscrito, que en él había nacido. Estableciánse soldados de guarnicion en casa del trabajador, y le forzaban á que vendiera su cama para darles de comer hasta que hallara el conscrito escondido entre las breñas. Uníase el desatino

con la atrocidad ; pedíanse con freqüencia sus hijos á los que tenían la ventura de no dexar posteridad , y se usaba de violencia para saber quien tenía tal nombre que , solo en los libros de los gendarmas exîstía , ó prender á un conscrito que militaba cinco ó seis años había. Han sido puestas á qüestion de tormento mugeres embarazadas para que dixeran el sitio donde estaba escondido el primogénito de sus entrañas; otros padres han exhibido el cadáver de su hijo en prueba de que no le podían dar vivo. Todavía quedaban algunas familias , cuyos hijos mas ricos se habían rescatado , y que estaban destinados á ser un dia magistrados , administradores , sabios ó propietarios , tan importantes en un vasto pais para el órden social ; el decreto de guardias de honor los envolvió en la universal carnicería. A tal exceso de desprecio de la vida de los hombres y de la Francia habíamos llegado que eran calificados los conscritos de *materia primera* y *carne de cañon*. Algunas veces los asentistas de carne humana ventilaban la gran qüestion de saber quanto tiempo *duraba* un conscrito ; unos decían que treinta y tres meses , y otros que treinta y seis. El mismo Buonaparte decía : *Tengo* 300,000 *hombres de renta*. En los once años de su reynado ha hecho perecer mas de cinco millones de Franceses; número que excede el que costáron nuestras guerras civiles en espacio de tres siglos , baxo los reynados de Juan , Carlos V , Carlos VI

Carlos VII, Henrique II, Francisco II, Carlos IX, Henrique III, y Henrique IV. En los últimos doce meses pasados ha alistado Buonaparte, sin contar la guardia nacional, un millon trescientos y treinta mil hombres, que hacen mas de cien mil al mes, y ha habido quien ha tenido la infamia de decirle que solo había gastado el luxo de la poblacion.

Fácil era preveer lo que ha sucedido; y decían todos los prudentes que la conscripcion, dexando exhausta la Francia la exponía á una invasion, si era acometida de veras. Desangrado por su verdugo este vasto cuerpo casi exânime, solo ha podido oponer una flaca resistencia; pero no era la pérdida de hombres el mayor estrago que hacía la conscripcion; era, sí, que nos iba á sumir con la Europa toda en la barbarie. La conscripcion destruye irremediablemente oficios, artes y letras. El jóven destinado á morir á los diez y ocho años no se puede dedicar á estudio ninguno. Obligadas las naciones comarcanas para su defensa á recurrir á medios idénticos, abandonaban tambien las ventajas de la civilizacion, y precipitándose todos los pueblos unos sobre otros, como en el siglo de los Godos y Vándalos, hubieran visto reproducirse las calamidades de aquella época. Al mismo tiempo que rompía la conscripcion los vínculos de la sociedad general, tambien aniquilaba los de la familia. Acostumbrados desde su cuna á contemplarse como víctimas consagradas á la muerte, no

obedecian los hijos á sus padres; tornábanse perezosos, vagabundos y disolutos, miéntras llegaba el dia que fueran á robar y degollar el mundo. ¿Que principio de religion ni de moral podia en tan corto tiempo arraygarse en sus pechos? Por su parte los padres y madres de la clase del pueblo no ponian su afecto ni sus cuidados en hijos que estaban ciertos de perder, que no habían de ser su apoyo ni su riqueza, y que solo eran objeto de dolor y pesada carga. De aquí provino la dureza de alma, el olvido de todos los afectos naturales, fuentes del egoismo, de la apatía del bien y el mal, de la indiferencia respecto á la patria; que amortiguando la conciencia y los remordimientos, perpetuan la esclavitud de un pueblo, quitándole el horror del vicio y la admiracion de la virtud.

Esta era la administracion de Buonaparte en lo interior de la Francia: exâminemos ahora su política exterior, de que tanto alarde hacía, y que definía así; *la política es el juego de hombres.* Pues bien; todo lo ha perdido en este abominable juego, y ha pagado sus pérdidas la Francia.

Empezando por su sistema continental; sistema de un loco ó de un muchacho, no era este el verdadero objeto de sus guerras, sino pretexto de ellas. Quería ser dueño de la tierra, hablando siempre de la libertad de los mares. ¿Y que ha hecho para establecer tan desatinado sistema? Con los dos yerros capitales, que,

como luego dirémos, han hecho abortar sus proyectos contra España y Rusia. ¿No se ha visto imposibilitado á cerrar los puertos del Mediterráneo y el Báltico? ¿No ha entregado á los Ingleses todas las colonias del orbe? ¿No les ha abierto en el reyno de México, en el Perú y el Brasil muy mas vasto mercado que el que les quería cerrar en Europa? Verdad tan inconcusa que la guerra ha enriquecido al pueblo que intentaba arruinar. La Europa solo gasta algunas superfluidades de la Inglaterra. La mayor parte de los habitantes de cada nacion europea subviene con sus propias manufacturas á sus principales urgencias, miéntras que en América necesitan los pueblos de todo, desde su primero hasta su postrer vestido; y diez millones de Americanos consumen mas géneros ingleses que treinta de Europeos. No trato ahora de la introduccion de la plata de México en la India, del estanco del cacao, la quina, la cochinilla, y otros mil objetos de especulacion convertidos en nuevos míneros de riqueza para los Ingleses. Y quando hubiera conseguido Buonaparte cerrar los puertos de España y el Báltico, luego era necesario cerrar los de la Grecia, Constantinopla, la Syria y la Berbería; en una palabra empeñarse en conquistar el mundo. Miéntras que intentase nuevas conquistas, los pueblos sojuzgados ya, que no habrían podido permutar las producciones de su suelo y su industria, habrían sacudido el yugo, y vuelto á abrir sus

puertos. Todo esto presenta planes falaces, empresas mezquinas, en fuerza de ser agigantadas, falta de razon y sentido comun, sueños de un loco y un frenético.

Por lo que á sus guerras y su conducta con los gabinetes europeos respeta, el mas leve exâmen desvanece todo su prestigio. No es grande un hombre por lo que acomete, sino por lo que executa. Qualquiera puede soñar la conquista del orbe; solo Alexandro sale con ella. Gobernaba Buonaparte á España como una provincia, cuya sangre y oro extraía. No contento con esto quiere tambien reynar en persona en el trono de Carlos IV. ¿Que hace? Con la mas negra política esparce primero semillas de discordia en la familia real; roba luego la misma familia, ultrajando todas las leyes divinas y humanas, y repentinamente invade el territorio de un pueblo fiel que en su favor acababa de pelear en Trafalgar. Insulta el carácter de este mismo pueblo, asesina á sus sacerdotes, desayra la altivez castellana, y levanta contra él á los descendientes del Cid y el gran Capitan. Celebra al punto Zaragoza la misa de sus endechas, y se sepulta baxo sus ruinas; descienden de las Asturias los Cristianos de Pelayo, y es expelido el nuevo alarbe. Resuscita esta guerra en Europa el ánimo de los pueblos, obliga á la Francia á defender una nueva y dilatada frontera, crea un exército de tierra á los Ingleses, y al cabo de quatro siglos los vuelve

á traer á los campos de Poitiers, y los entrega los tesoros de México.

Si en vez de recurrir á malas artes dignas de Borja, hubiera Buonaparte, con política, aun que culpada, muy mas hábil, declarado, con un pretexto qualquiera, la guerra al Rey de España; si se hubiera anunciado como vengador de los Castellanos oprimidos por el príncipe de la Paz; si hubiera alhagado la altivez española, y contemplado las órdenes monásticas, verisímil es que hubiera salido con su intento. *No son los Españoles los que yo quiero*, decía enfurecido, *sino la España.* Mas esta tierra le ha rechazado. El incendio de Burgos ha producido el de Moscou, y la conquista de la Alhambra ha traido al Louvre á los Rusos. ¡Leccion tan grande como tremenda!

El mismo yerro repitió en Rusia: si en octubre de 1812 se hubiera detenido á orillas del Duna, si se hubiera ceñido á tomar á Riga; si hubiera el invierno acantonado su exército de seiscientos mil hombres, y organizado detras de él la Polonia, á la primavera habría acaso corrido peligro el imperio de los Czares. En vez de esto se dirige á Moscou por un solo camino, sin almacenes ni recursos. Llega, y los vencedores de Pultava incendian su ciudad santa. Buonaparte, por espacio de un mes, se duerme en medio de ruinas y cenizas, y parece que se olvida del giro de las estaciones y el rigor del clima; se dexa deslumbrar con proposiciones

de paz: tan ignorante del corazon humano que se figura, que un pueblo que ha incendiado su capital por evitar la esclavitud, va á capitular junto á las humeantes ruinas de sus propias moradas. Sus generales le representan que es tiempo de retirarse. Se parte al fin, jurando como un muchacho encolerizado que volverá en breve con un exército, *cuya vanguardia sola conste de trescientos mil soldados.* Envía Dios un soplo de su saña; todo perece, ¡y solo nos vuelve un hombre!

¿Pues que dotes para reducir á los Franceses ilustraban á un extrangero absurdo en su administracion, delinqüente en su politica? ¿Su gloria militar? Tampoco le queda esta. Sabe en efecto ganar batallas; pero en todo lo demas no hay general mas inhábil. No sabe ni efectuar una retirada, ni disputar el terreno; su impaciencia le hace incapaz de esperar largo tiempo un resultado, fruto de una larga combinacion militar; solo sabe ir adelante, formar puntas, correr, ganar victorias, como uno ha dicho, *á tiros de hombres*, sacrificarlo todo por un triunfo, sin precaverse contra un reves, matar la mitad de sus soldados con marchas que exceden las fuerzas humanas. ¿Que importa? ¿No tiene á su mandado la conscripcion y la *materia primera*? Han creido algunos que había perfeccionado el arte de la guerra, y al contrario le ha hecho retroceder hácia su infancia. Es evidente que en los pueblos civilizados

la obra maestra del arte militar es defende' un dilatado pais con un corto exército; dexa' sosegar á muchos millares de hombres detras d' sesenta ó ochenta mil soldados, de suerte qu' el labrador que cultiva su campo en paz sepa apénas que á pocas leguas de su choza están peleando. El imperio romano le guardaban ciento y cincuenta mil hombres, y solo algunas legiones tenía Cesar en Farsalia. ¿Pues porque no nos defiende hoy en nuestros hogares ese vencedor del mundo? ¿Que, de repente le ha abandonado todo su ingenio? ¿Por que portento se ve por todas partes invadida aquella Francia que habia cercado de fuentes alcazares Luis XIV, y cerrado Vauban, como un hermoso jardin? ¿Donde están las guarniciones de sus plazas fronterizas? No las hay. ¿Donde los cañones de sus muros? Todo está desarmado; hasta los navíos de Brest, Tolon y Rochefort. ¿Si hubiera querido Buonaparte entregarnos indefensos á las potencias coligadas, si nos hubiera vendido, si hubiera en secreto conspirado contra los Franceses, se habría portado de otro modo? En ménos de diez y seis meses han sido devorados en las selvas de Alemania y los desiertos de Rusia dos mil millones de pesetas, un millon y quatrocientos mil hombres, y todos los pertrechos de nuestras plazas y exércitos. Comete en Dresde Buonaparte desatinos y mas desatinos, olvidándose de que si á veces los delitos solo en el otro mundo son castigados, siempre

los yerros en este se purgan. Dexa ver la mas incomprehensible ignorancia de quanto en los gabinetes sucede; se empeña en permanecer á orillas del Elba, y vencido en Lipsia se niega á la honrosa paz que le proponen. Lleno de rabia, y desesperacion sale por la vez postrera del palacio de nuestros monarcas; movido por un espíritu de ingratitud é injusticia va á incendiar la aldea donde tuviéron estos mismos reyes la desgracia de alimentarle; solo opone á los contrarios una actividad sin plan; sufre el postrer reves; huye al fin, y libra de su odiosa presencia la capital del orbe civilizado.

Negaríase la pluma de un Frances á retratar los horrores de sus campos de batalla; un hombre herido es para Buonaparte una carga; mejor si muere; con eso queda libre de él. Dias y semanas enteras pasan sin ser curados montones de soldados estropeados, acinados encima unos de otros en un rincon; y no hay hospitales tan vastos que puedan contener á los enfermos de un exército de setecientos á ochocientos mil hombres, ni cirujanos suficientes para curarlos. No ha tomado el verdugo de los Franceses precaucion ninguna en su favor; no hay boticas, ni hospitales ambulantes, y faltan algunas veces hasta instrumentos para cortar los miembros lisiados. En la campaña de Moscou, por falta de hilas curaban á los heridos con heno: faltó este, y muriéron todos. Veíanse vagar seiscientos mil guerreros, los vencedores de Europa, la

gloria de la Francia, veíanse, digo, vagar entre las nieves y los desiertos, apoyandose en ramas de pino, porque no tenían fuerza para llevar sus armas, y cubiertos por vestidura del pellejo ensangrentado de los caballos que habían servido para su postrer comida. Abatíanse capitanes viejos, herizados de escarcha los cabellos y la barba, á mendigar con alhagos del soldado, á quien le había quedado algun alimento, una miserable porcion de él; ¡tan crueles tormentos del hambre padecían! Por la noche se helaban escuadrones enteros los hombres y los caballos, y á la mañana se veían estas fantasmas todavía en pie en mitad de la escarcha. Los únicos testigos de las penas de nuestros soldados en estos hiermos eran vandadas de cuervos, y manadas de galgos blancos, medio-bravios, que nuestro exército para devorar sus reliquias seguían. La primavera, mandó el Emperador Alexandro hacer la cuenta de los muertos, y se encontráron mas de ciento y sesenta mil cadáveres: en sola una hoguera ardiéron veinte y quatro mil. La peste militar, que se había desvanecido desde que se hacía con un corto número de hombres la guerra, esta peste ha vuelto á ser conocida con la conscripcion, los exércitos de un millon de soldados y los torrentes de humana sangre. ¿Y quando así segaba en flor la Francia, que hacía el destructor de nuestros padres, hijos y hermanos? ¿Que hacía? ¡Huía Venía á decir en las Tullerías refregandose las

manos junto al fuego: *Mas vale estar aquí que á orillas del Beresina.* Ni una palabra de consuelo á las esposas, á las madres que deshechas en llanto le rodeaban; ni un sentimiento; ni un afecto de ternura; ni un remordimiento; ni una confesion de su insensatez. Decían sus Tigelinos: «La fortuna de esta retirada es que »al Emperador no le ha faltado nada; siempre »ha tenido bien que comer; ha venido en un »buen coche; por fin no ha padecido nada, »es mucho consuelo." Y él en medio de su corte se mostraba alegre, triunfante, ufano, ornado del manto real, en la cabeza el sombrero de Henrique IV; brillante se sentaba en el trono, repitiendo las gesticulaciones de monarca que le había enseñado Talma; pero esta pompa solo servía para mostrarle mas repugnante, ni todos los diamantes de la corona podían esconder la sangre que por todo él chorreaba.

¡Mas ay! ¡Que estos horrores de los campos de batalla se han acercado á nosotros! Ni los esconden ya los desiertos, que los vemos en el seno de nuestros hermanos, dentro de este Paris que sitiáron en valde los Normandos, cerca de mil años hace, y que se gloriaba de no haber sido vencido por otro que por aquel Clodoveo que fue su Rey. ¿No es el mas irremisible y grave delito entregar un pais á la invasion? Delante de nuestros ojos hemos visto perecer lo que de nuestras generaciones quedaba; hemos visto rebaños de conscritos, soldados veteranos

macilentos y desfigurados agarrarse á las esquinas, desfallecidos de miseria, sustentando apénas con una mano el arma con que habían defendido la patria, y mendigando un pedazo de pan con la otra; hemos visto cubierto el Sena de barcos, atestados nuestros caminos reales de carros llenos de heridos, á quienes no se les había puesto ni el primer vendage. En el paseo se rompió uno de estos carros, que por los vestigios de sangre que iba dexando era seguido. Cayéron de él conscritos sin brazos, sin piernas, traspasados á balazos, á lanzadas, dando gritos, y rogando á los que pasaban que les dieran la muerte. Arrancados estos desventurados de sus chozas ántes de su primera juventud, traidos con sus gorros y rusticos vestidos al campo de batalla, colocados, como *carne de cañon* en los sitios mas peligrosos para apurar el fuego del enemigo, lloraban los malhadados, y gritaban quando caían heridos de la bala: ¡*Madre*; *ay*, *madre*! ¡Grito que despedaza el corazon, y que manifestaba la tierna edad del niño arrancado con violencia de la doméstica paz; del niño que de manos de su madre cae en las de su inhumano monarca! ¿Y por quien tantas muertes, tantas penas? Por un tirano abominable; por un Corso; por un extrangero, que es tan pródigo de la sangre francesa, porque ni una gota de ella corre por sus venas.

¡Ha, quando se negaba Luis XVI á castigar á algunos delinqüentes, con cuyo suplicio hu-

biera afianzado su trono; y ahorrádonos tantas calamidades; quando decía: «No quiero comprar mi seguridad á precio de la vida de uno »solo de mis vasallos»: Quando en su testamento escribía: «Recomiendo á mi hijo, si »tiene la desgracia de ser Rey, que piense que »todo entero se debe á la felicidad de sus con»ciudadanos, que debe echar en olvido todo »odio y todo encono, especialmente quanto á »mis desventuras y penas respeta, y que solo »puede hacer felices á los pueblos reynando »conforme á las leyes»: Quando en el cadahalso decía estas palabras: «Franceses, ruego á Dios »que no vengue en la nacion la sangre de »vuestros Reyes que vais á verter»: Ese era el verdadero, el legitimo Rey, el padre y el caudillo de la patria!

Se ha manifestado Buonaparte tan apocado en el infortunio que no se puede creer que fuera su prosperidad fruto de su ingenio; parto es de nuestro poderío el que creíamos hijo de sus obras. Ha provenido su grandeza de las inmensas fuerzas que en sus manos, quando le ensalzamos, pusimos. Fue heredero de todos los exércitos instruidos por los mas expertos generales, tantas veces conducidos á la victoria por todos aquellos grandes capitanes, y que perecerán acaso hasta el último, víctimas de los furores y zelos del tirano. Se halló con un crecido pueblo, agrandado con sus conquistas, inflamado con sus victorias, y con el movimiento que

siempre imprimen las revoluciones; hirió con el pie el feraz suelo de nuestra patria, y pródiga esta le dió soldados y tesoros. Estaban fatigados y desunidos los pueblos que acometía, y inundando á cada uno de ellos aparte con las oleadas de la poblacion francesa los venció uno en pos de otro.

Quando envía Dios á la tierra á los executores de sus terribles castigos, todo ante ellos se allana, y con mediano talento alcanzan extraordinarios triunfos. Nacidos en el seno de las civiles discordias sacan su principal fuerza estos exterminadores de los males que fuéron su cuna y del terror que la memoria de estos males inspira, y así se grangean la sumision del pueblo en nombre de las calamidades de que han salido. Pueden corromper y envilecer, aniquilar el honor, abatir los ánimos, amancillar todo quanto tocan, quererlo todo y atreverse á todo, reynar con la mentira, la impiedad y el espanto, decir las cosas mas opuestas, deslumbrar los ojos de todos, engañar hasta la razon, y figurar que son vastos ingenios, siendo en la realidad unos viles malvados, porque en todas las cosas no puede separarse de la virtud la excelencia. En pos de ellos arrastran seducidas las naciones, triunfan con la muchedumbre, deshonran con las victorias, y la tea en la mano, los pies en la sangre, van á los extremos de la tierra como hombres ebrios, impelidos por la divinidad que no conocen.

Al contrario quando quiere la Providencia salvar y no castigar á un imperio, quando emplea á sus siervos y no á sus azotes, quando á los hombres de que se vale destina honrosa gloria en vez de abominable fama, léxos de facilitarles, como á Buonaparte el sendero, les opone estorbos dignos de sus virtudes. De esta suerte podemos distinguir del libertador el tirano, del desolador de los pueblos el gran capitan, y el que ha venido á reparar del enviado para destruir. Este dispone de todo, y se vale de inmensos medios para sus fines; aquel de nada es dueño, y solo tiene cortos medios: por este bosquexo será fácil reconocer el carácter y la mision de el que la Francia tiene asolada.

Es Buonaparte un fingido hombre grande; le falta la magnanimidad constitutiva de los heroes y los verdaderos reyes. Por eso no se cita de él ni uno solo de aquellos dichos que anuncian un Alexandro, un Cesar, un Henrique IV y un Luis XIV. Le crió la naturaleza sin entrañas. Su cabeza, aunque vasta, es el imperio de las tinieblas y la confusion: pueden tener cabida en ella todas las ideas, inclusa la del bien, pero no se quedan dentro. Es peculiar de su carácter una invencible obstinacion, y una voluntad ferrea, pero solo para la injusticia, la opresion y los extravagantes sistemas; porque los proyectos que pudieran redundar en beneficio de la moral, el órden, y la virtud, con facilidad los abandona.

Le domina la imaginacion, y no le regula la razon. No son sus designios fruto de maduras y profundas reflexiones, sino efecto de un subitaneo movimiento, y una repentina resolucion. Movible, como todos sus paisanos, tiene algo de histrion y de comediante. Todo lo finge, hasta las pasiones que nunca experimenta; siempre está en la escena; en el Cayro era un renegado que se jactaba de haber destruido el pontificado; en Paris es el restaurador de la religion cristiana; á veces es un profeta á veces un filósofo. Todas sus escenas están dispuestas de antemano. La posteridad ha apreciado ya á un soberano que ha podido tomar lecciones de Talma para dexarse ver en una postura real. Quiere pasar plaza de original, y casi siempre es imitador, pero son tan serviles sus imitaciones que luego recuerda el asunto ó la accion que copia. Procura siempre decir lo que cree que es un apotegma, ó hacer lo que presume que es grande accion. Afecta el saber universal, y habla promiscuamente de rentas y teatros de guerra y modas; dispone de la suerte de los reyes y de un guarda de puertas; fecha del Kremlin un reglamento sobre teatros, y un dia de batalla hace arrestar á algunas mugeres en Paris. Hijo de nuestra revolucion se da mucho ayre á su madre, en la destemplanza de lengua, en la aficion á la sobez literatura, en la pasion de escribir en las gacetas. Baxo el disfraz de Cesar y Alexandro se distingue el hombre de nonada, y el hijo de

una mezquina familia. Tiene en sumo desprecio á los hombres, porque los juzga por sí propio. Es maxîma suya que todo lo hacen por interes, y que hasta la probidad es un cálculo. De aquí el sistema de *amalgama* que constituía la basa de su gobierno, empleando igualmente al picaro y al hombre honrado, mezclando ex-profeso el vicio con la virtud, y cuidando siempre de poner á cada uno en oposicion con sus principios. Era su mas cumplida satisfaccion deshonrar la virtud y amancillar las reputaciones. Solo para ensuciar tocaba, y quando á uno le había derribado era entónces *su hombre*, segun su usual expresion le pertenecía por derecho de ignominia; le quería algo ménos, y le despreciába algo mas. En su administracion quería que solo se exâminarán los resultados, sin atender nunca á los medios. Las *masas* debian serlo todo, y nada las *individualidades*. „Esta mocedad será „ corrompida, pero me obedecerá mas puntual; „ perecerá este ramo de industria, pero me „ dexará en este instante muchos millones; mo„ rirán sesenta mil hombres en esta jornada, „ pero ganaré la batalla." Así eran todos sus raciocinios, y así se destruyen los reynos.

Nacido esencialmente para la destruccion, abriga Buonaparte el mal en su seno tan naturalmente como una madre el fruto de su vientre, con júbilo y una especie de ufanía. Mira con horror la felicidad de los hombres. Un dia decia: „ Todavía hay algunas personas felices en Fran-

» cia, que son las familias que no me conocen, » que viven en una quinta con treinta ó qua- » renta mil pesetas de renta; pero ya sabré yo » estorbar su dicha." Ha cumplido su promesa. Un dia veía jugar à su hijo, y dixo á un obispo que se hallaba allí: « ¿Cree Vd, Señor obispo, » que tenga eso un alma? » Quanto se hace notable por alguna superioridad asusta al tirano, y le importuna toda reputacion. Envidia el talento, el entendimiento, la virtud, y tendria zelos hasta de un enorme delito que metiera ruido, como no fuese él su autor. Es el mas desamado de los hombres; su mayor gusto es zaherir á quantos á él se acercan; no sabiendo que nunca nuestros reyes á nadie denostaban, porque nadie podia vengarse de ellos, ni acordándose de que trata con la nacion mas dedicada acerca del pundonor, con un pueblo formado por la corte de Luis XIV, y con justo motivo afamado por la elegancia de sus costumbres y la flor de su urbanidad. Finalmente era Buonaparte el hombre de la buena fortuna; luego que la mala, que pone en claro las virtudes, ha tocado al grande hombre aparente, se ha deshecho el encanto, el monarca ha dexado ver al aventurero, y el h roe á un vanaglorioso.

Quando expelió Buonaparte al Directorio, le habló así: « ? Que habeis hecho de aquella Fran- » cia, que tan brillante os habia yo dexado? os » dexé la paz, y encuentro la guerra; os dexé » la victoria y encuentro reveses; os dexé los

» millones de Italia, y en todas partes hé en-
» contrado leyes rapaces y miseria.. ? Que habeis
» hecho de cien mil Franceses que yo conocia,
» compañeros todos de mi gloria? Murieron."

» No puede durar este estado de cosas; ántes
» de tres años nos conduciría al despotísmo, y
» queremos la república; pero la república asen-
» tada en los cimientos de la igualdad, la moral,
» la libertad civil y la tolerancia política, *etc.*"

Hoy, hombre de mal hado, te repetirémos tu razonamiento, y con tus palabras te preguntarémos. Di, ¿que has hecho de aquella tan brillante Francia? ¿donde están nuestros tesoros, los millones de Italia, de la Europa toda? ¿Que has hecho, no ya de cien mil, de cinco millones de Franceses, que conociamos todos, nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos? No puede durar este estado de cosas, que en el mas horroroso despotismo nos ha sumido. Tu querías la república, y nos has traído á la esclavitud: nosotros queremos la monarquía fundada en los cimientos de la igualdad de derechos, la moral, la libertad civil, la tolerancia política y religiosa. ¿Nos has dado tú esta monarquía? ¿que has hecho en nuestro favor? ¿que es lo que á tu reynado debemos? ¿quien ha asesinado al duque de Anghien, atormentado á Pichegrú, desterrado á Moreau, cargado de grillos al Sumo Pontifice, robado á los principes de España, empezado una impia guerra? Tu. ¿Quien ha perdido nuestras Colonias, destruido nuestro

comercio, abierto á los Ingleses las Américas, corrompido nuestras costumbres, robado los hijos á los padres, desconsolando las familias, asolado el mundo, incendiado mas de mil leguas de pais, inspirado á todo el orbe horror del nombre frances? Tu. ¿Quien ha expuesto la Francia á peste, invasion, desmembramiento y conquista? Tu, tambien tu. Esto era lo que tu no podias preguntar al Directorio, y lo que hoy te preguntamos. Quanto mas culpado eres que aquellos hombres que no creías merecedores de reynar! Un rey legítimo y hereditario que hubiera agoviado á su pueblo con la mas leve parte de los males que tu nos has causado, hubiera arriesgado su trono: y tu usurpador y extrangero, tu serás para nosotros sagrado en razon de las calamidades que por tí padecemos! ¡Tu hás de reynar en mitad de nuestros sepulcros! La desventura nos restituye en fin nuestros derechos; ya no queremos adorar á Moloc, ya no devorarás á nuestros hijos; léxos, léxos de nosotros tu conscripcion, tu policía, tu censura, tus nocturnos suplicios, tu tiranía. No somos nosotros solos, todo el linage humano es quien te acusa, quien nos pide venganza en nombre de la religion, la moral y la libertad. ¿Adonde no has sembrado la desolacion? ¿en que rincon escondido del mundo se ha preservado de tus furores una oscura familia? El Español en sus montes; en sus valles el Ilírico; baxo su hermoso cielo el Italiano; el Aleman, el Ruso y el Prusiano

en sus abrasadas ciudades, te demandan á sus hijos que has degollado; la tienda, la choza, el palacio, templo á que pegaste fuego. Los has forzado á que vengan á buscar en medio de nosotros que les robaste, y á reconocer en tus palacios sus sangrientes despojos. El voto del mundo te declara el mayor delinqüente que sobre la haz de la tierra se ha visto; porque no has derramado tan graves males en pueblos bárbaros ó degeneradas naciones; en el seno de la civilizacion, y en un siglo de luces has querido reynar con la espada de Atila y las maximas de Neron. Dexa en fin tu cetro de hierro; desciende de ese monton de ruinas con que habías levantado un trono. Te expelemos, como expeliste tu al Directorio. Sea de hoy mas tu único castigo presenciar el júbilo que causa tu caida en Francia, y comtemplar vertiendo lágrimas de rabia el espectáculo de la público felicidad.

Estas son las razones que al extrangero dirigimos. Mas sí á Buonaparte desechamos; quien le sustituirá? El Rey.

Tan bien conocen los Franceses, las funciones anexâs á este título que no es necesario explicárselas, y al punto les representa el Rey, la idea de la legítimidad autoridad, el órden, la paz, la libertad legal y monárquica. Todo con este nombre sagrado de Rey viene unido; memorias de la antigua Francia, religion, no interrumpidos usos, costumbres de familia, hábitos de nuestra niñez, la cuna y el sepulcro, á nadie asusta, y á todos inspira confianza. Rey, magistrado y padre; estas ideas las confunde un frances. No sabe que cosa es un Emperador, ni conoce la naturaleza, forma y límites de la potestad que á esta dignidad extrangera compete. Pero sabe que cosa es un monarca descendiente de San Luis y de Henrique IV, un caudillo cuya paternal potestad la regulan las instituciones, la templan los costumbres, y la ha hecho excelente el tiempo; así como un vino generoso cogido en el patrio suelo, y madurado por el Sol de la Francia. Dexemos de disimulárnoslo. Ni sosiego, ni ventura, ni felicidad, ni estabilidad habrá en nuestras leyes, nuestras opiniones y caudales hasta que esté restablecida en el trono la casa de Borbon. Cierto mas reconocida la antigüedad que nosotros hubiera sin duda calificado de diuino un linage, que habiendo empezado por un Rey

prudente y animoso, y concluido por un mártir, en espacio de nueve siglos ha producido quarenta y tres monarcas, y entre ellos solo un tirano. Unico exemplo en la historia del mundo y eterno motivo de orgullo para nuestra patria! En el trono de Francia se sentaban la probidad y el honor, como en otros la fuerza y la política. Descansaba de prsoducir héroes la noble y moderada sangre de lo Capetes, formando á reyes hombres de bien. Unos fueron apellidados sabios, buenos, justos y amados; augustos, grandes y padres de la patria otros. Algunos se dexaron arrastrar de pasiones que expiaron con sus desdichas, mas ninguno amedrentó al Universo con los delitos que en la memoria de los Césares de Roma cargan, y que ha reproducido Buonaparte.

Ultima rama de este sagrado árbol por una rara fatalidad han visto los Borbones morir á su primer monarca á filos del puñal de un fanático, y al postrero baxa el hacha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de San Luis, de quien descienden, no les faltaba en tantos siglos otra gloria que la de adversidad, que al fin les ha cabido con superabundancia. ¿De que podemos acusarlos? Todavía hace palpitar los pechos franceses y bañar nuestros ojos en llanto el nombre de Henrique IV, y á Luis XIV debemos la mejor parte de nuestra gloria. ¿No hemos apellidado á Luis XVI, el mas hombre de bien de su reyno? ¿Porque le hemos dado la muerte desecharémos su sangre? ¿Porque hemos quitado la vida á su

hermana, á su muger y á su hijo, repelerémos su familia? Esta en su destierro lamenta no las suyas, mas sí nuestras desdichas. La princesa jóven que hemos perseguido, reducido á horfandad, en los palacios del extrangero, respira todos los dias por su cárcel de Francia. Podia admitir la mano de su ilustre y poderoso príncipe, y quiso mas unir su suerte con la de su primo pobre, desterrado y proscrito, porque era frances, y porque no quería separarse de las desgracias de su familia. Todo el mundo contempla absorto sus virtudes; la siguen los pueblos de Europa quando á los públicos paseos sale, y la colman de bendiciones; ¡y nosotros nos podemos olvidar de ella! Quando dexó su patria, donde tan desgraciada habia sido, miró atras y lloró. Perpetuo objeto de sus oraciones y su cariño apenas sabemos que vive: *bien veo*, dice á veces, *que solo en Francia tendré yo hijos*: patética expresion que bastaría sola para empeñarnos á que los arrodilláramos á sus plantas, exâlando sollozos de arrepentimiento. Si: la duquesa de Angumela será fecunda en el fecundo suelo de su patria. De esta tierra naturalmente las flores de lis, y renacerán mas hermosas, regadas con sangre de tantas víctimas ofrecidas en expiacion al pie del cadahalso de Luis y Antonia.

El hermano de nuestro rey, Luis XVIII, que es el que primero debe reynar, es un principe conocido por sus luces, inaccesible á las preocupaciones, surdo á la venganza. Acaso de todos los sobe-

ranos que pudiera ahora gobernar la Francia, es el que mejor con nuestra situacion y el espíritu del siglo se adapta, como de quantos elegir podiamos era Buonaparte el que menos para rey convenia. Obra son del tiempo y la experiencia las instituciones de los pueblos; los principales requisitos para reynar son la razon y la uniformidad. Mas convendría para soberano de una nacion un príncipe que solo tuviera en la cabeza dos ó tres ideas comunes, pero útiles, que un aventurero extraordinario, formando sin cesar nuevos planes, imaginando leyes nuevas, y figurándose que no reynaba sino quando agitaba los pueblos y trastornaba y destruia por la tarde lo que por la mañana habia hecho. No solo posee Luis XVIII estas ideas fixas, en esta moderacion y madurez tan indispensables en un monarca, mas tambien es un príncipe amante de las letras, instruido y eloqüente, como muchos de nuestros reyes, de ilustrada y vasta inteligencia, y de entero y filosófico carácter.

Escojamos, ó á Buonaparte que vuelve trayéndonos el sangriento código de la conscripcion, ó á Luis XVIII que acude á sanar nuestras llagas, con el testamento de Luis XVI en la mano, y que repetirá quando sea consagrado rey estas palabras que escribia su virtuoso hermano: «Perdono » con todo mi corazon á los que se han declarado » mis enemigos, sin haberles yo dado motivo, y » ruego á Dios que los perdone."

El Señor conde de Artois de tan ingenuo, tan

noble, y tan frances carácter es hoy notable por su piedad, y su benigna bondad, como en su primera mocedad era conocido por la nobleza y gracia real de sus modales. La mano de Dios ha humillado á Buonaparte; mas no le ha enmendado la adversa fortuna; al paso que se interna en el pais que de su tiranía se libra, arrastra consigo desventuradas víctimas cargadas de grillos y en los últimos calabozos de la Francia es donde los postreros actos de su poder exerce. Solo, sin soldados, sin arrimo, desconocido de los Franceses, se muestra á ellos el Señor conde de Artois, y apenas ha dicho su nombre quando se postra el pueblo á sus plantas, besa las faldas de su vestido, se abrazan de sus rodillas, y le gritan vertiendo torrientes de lagrimas: *nuestros corazones es lo que os ofrecemos, que es lo único que nos haya dexado el monstruo.* Por este modo tan diverso de abandonar la Francia y de volver á ella se reconoce á las claras, en uno el usurpador y en otro el legítimo príncipe.

En otra provincia nuestra se ha dexado ver el Señor duque de Angulema. Burdeos la segunda ciudad del reyno se ha echado en sus brazos y ha reconocido con el frenesi del júbilo la patria de Henrique IV al heredero de las virtudes del Bearnes. No han visto nuestros exércitos caballero mas animoso que el Señor duque de Berry. El Señor duque de Orleans con su noble lealtad á la sangre de su rey, prueba que es siempre su nombre uno de los mas ilustres de Francia. Ya he

hablado de las tres generaciones de héroes, el Señor príncipe de Conde, el Señor duque de Borbon; dexo á Buonaparte que nombre al tercero.

No se si se podrá persuadir la posteridad á que hayan sido proscritos tantos príncipes de la casa de Borbon por un pueblo que de toda su gloria les era deudor, sin haber cometido delito ninguno, ni que proviniera de la tiranía del postrer rey de su linage su desgracia. No, no podrá el tiempo venidero comprehender que á príncipes tan buenos los hayamos desterrado, á príncipes paisanos nuestros, para poner á nuestra cabeza á un extrangero el peor de todos los hombres. Hasta cierto punto se concibe la fundacion de una república en Francia: en un momento de desvarío puede un pueblo querer que se mude la forma de su gobierno, y no reconocer una suprema cabeza; pero si volvemos á monarquía es el último ápice de ignominia y extravagancia restablecerla sin el legítimo soberano y creer que sin él pueda ser duradera. Modifíquese en hora buena la constitucion de la monarquía, mas nadie tiene derecho para mudar de monarca. Puede suceder que á efectos de una violenta revolucion sea depuesto un rey cruel, tirano, que viole las leyes todas, y prive de todos sus fueros al pueblo; pero en caso tan extraordinario pasa á sus hijos, ó á su mas inmediato heredero la corono. ¿Y fue acaso Luis XVI un tirano? ¿Podemos legítimamente marchar su memoria? ¿En fuerza de que autoridad privamos á su linage de un trono que por tantos

títulos les pertenece? ¿Por que ignominioso antojo hemos conferido al hijo de un alguacil de Ajaccio la herencia del Roberto el fuerte, legtimo descendiente de la segunda casta, la qual se emparentaba con la primera, y que era conde de Paris? Hugo Capeto traxo á los Franceses, como Frances que era, á Paris su herencia paterna, con inmensos bienes y tierras. La Francia, tan reducida baxo los primeros Capetos, se enriqueció y se aumentó baxo sus descendientes. Para restituir este antiguo linage hemos ido á buscar un rey en un pueblo, de donde, como dixo un senador, no querían los Romanos sacar ni esclavos. En beneficio de un Italiano oscuro cuyo caudal se ha formado de los despojos de todos los Franceses, hemos abrogado la ley sálica paladium de nuestro imperio. ¡Quan distintas ideas y maxîmas eran las de nuestros padres! Por muerte de Felipe el hermoso, adjudicaron de Eduardo III rey de Inglaterra, queriendo ántes mantener dos siglos de guerra, que dexarse regir por un extrangero, y fue tan generosa resolucion, orígen de la gloria y engradecimiento de la Francia. Destrozado el oriflama en los campos de Potiers, Azincur y Crecy, sus heredados pedazos triunfaron al fin de la vandera de Edouardo III y Henrique V., y el grito de *Cierra San Dionis* sofocó el de las facciones todas. Volvióse á presentar, muerto Henrique III, la misma qüestion de la sucesion, y dió entónces el parlamento el famoso edicto á que es deudora de Henrique IV y Luis XIV la

Francia, y no eran cabezas sin nobleza las de Eduardo III, Henrique V, el duque de Guisa, y la infanta de España. ¡Santo Dios! ¡que es de la altivez de la Francia? ¡Rehusó á tan ilustres soberanos por conservar su linage frances y real, y ha elegido á un Buonaparte!

En valde pretenderán que no es Buonaparte extrangero. Lo es á los ojos de la Europa entera, de todos los Franceses despreocupados; lo será á juicio de la posteridad, que acaso le atribuirá la mejor parte de nuestras victorias, y cargará sobre nuestra memoria parte de sus delitos. Nada tiene de Frances Buonaparte, ni en sus costumbres ni en su caracter. Hasta sus facciones indican que no es de orígen nacional. La lengua que en su infancia aprendió no es la nuestra, y no ménos que su nombre revela su acento su patria. Mas de la mitad de su vida viviéron su padre y su madre vasallos de la república de Génova. El propio es mas sincero que sus aduladores; reconoce que no es frances, y nos aborrece y desprecia. Muchas veces se le ha escapado decir: *así sois todos vosotros los franceses.* En un discurso habló de la Italia como su patria, y de la Francia como conquista suya. Si es Buonaparte frances tambien se ha de confesar que Santos Louverture lo era lo mismo y mas que él, porque este era natural de una antigua Colonia francesa, sugeta á las leyes de Francia, y la libertad que habia adquirido le habia conferido los derechos de vasallo y ciudadano. ¡Y un extrangero criado

por la caridad de nuestros reyes ocupa el trono régio, y ansia por verter la sangre real! ¡Cuidamos de su edad tierna y por gratitud nos sume en un abismo de penas! ¡Justo juicio de la Providencia! los Galos saqueáron á Roma, y los Romanos oprimiéron á los Galos. Muchas veces han asolado los franceses la Italia, y nos han desolado los Medicis, los Galigais, los Mazarinos y los Buonapartes. Al fin se deberían reconocer la Francia y la Italia, y renunciar para siempre una á otra.

Despues de tantas agitaciones y calamidades ¿quan suave será el sosiego á sombra de la paternal autoridad de nuestro legítimo soberano! Un instante pudimos dexarnos avasallar por la gloria que habian dado nuestras armas á Buonaparte; hoy que se ha desnudado él propio de ella, fuera demasía permanecer esclavo de sus delitos. Desechemos á este opresor, así como ya le han desechado los demas pueblos, y no se diga de nosotros: «Quitáron la vida al mejor y mas »virtuoso de los reyes, nada hiciéron por »librarle del suplicio, y hoy vierten hasta la »última gota de su propia sangre, y sacrifican »las reliquias de la Francia en defensa de un »extrangero que ellos mismos detestan." ¿Con que razones la Francia desleal justificaría hoy su abominable lealtad? Confesariamos que nos deleytan las atrocidades, que nos prendan los delitos, y que nos conviene la tiranía. Ha! si las naciones extrañas cansadas al fin de nuestra

porfía consintieran en dexarnos á este frenético; si fuéramos tan cobardes que con parte de nuestro territorio compráramos la ignominia de conservar en medio de nosotros el gérmen de la peste y la plaga de la humanidad, sería preciso acogerse á los mas impenetrables desiertos, mudar el nombre y el idioma, olvidar y hacer que se olvidara que habemos sido franceses.

Pensemos en el bien estar de nuestra patria comun; penetrémonos de que en nuestra mano está nuestra suerte; una palabra puede restituirnos la gloria, la paz y la estimacion del orbe, ó sumirnos en tan horrorosa como pesada esclavitud. Reedifiquemos la monarquía de Clodoveo, la herencia de San Luis, el patrimonio de Henrique IV. Hoy solo los Borbones convienen á nuestra desgraciada situacion, y son los únicos médicos que nuestras heridas puedan sanar. La moderacion, la paternidad de sus afectos, sus propias desgracias convienen á un reyno exhausto, y fatigado con sus convulsiones y desdichas. Todo con ellos será legítimo, todo es ilegítimo sin ellos. Sola su presencia hará renacer el órden, cuya fuente son entre nosotros. Son ilustres y esforzados nobles, tan franceses y mas que nosotros. En todos tiempos fuéron estos caballeros de la flor de lis, celebres por su honradez, y se acerca tanto su orígen á la raiz de nuestras costumbres, que parece que de la Francia misma son parte, y que le hacen falta como el ayre y el Sol.

Si todo ha de tornarse con ellos pacífico; si

pueden solos dar cima á esta tan luenga revolucion, nos sumiría el regreso de Buonaparte en horrorosos males y en interminables disturbios. ¿Puede figurarse la mas fecunda imaginacion lo que haría este monstruoso gigante encerrado en estrechos límites, no pudiendo ya devorar los tesoros del mundo, ni verter la sangre de Europa? ¿Nos le podemos representar dentro de una corte arruinada y deshonrada, exerciendo contra los franceses solos su furia, sus venganzas, y su turbulenta índole? Buonaparte ni se ha mudado, ni se mudará jamas: fraguará sin cesar proyectos, leyes, decretos absurdos, contradictorios ó criminales; nos atormentará siempre, y siempre dexará en la incertidumbre nuestra vida, libertad y bienes. Interin pueda agitar de nuevo el orbe, se ocupará en trastornar nuestras familias. Unicos esclavos en medio del universo libre, objeto del desprecio de los pueblos, será el último término de nuestra desdicha no ver nuestra vileza y dormirnos, como el esclavo oriental, sin pensar en el cordon que nos enviará quando despertemos el Sultan.

No, no ha de ser así. Tenemos nuestro legítimo príncipe, nacido de nuestra sangre, criado entre nosotros, que nos conoce, y tiene nuestras mismas inclinaciones, estilos y costumbres, por quien hemos rogado á Dios, quando eramos mozos, cuyo nombre saben nuestros hijos como el de uno de sus vecinos, y cuyos padres con los nuestros viviéron y muriéron. Porqué

hemos reducido á nuestros príncipes á que vivan errantes, ¿ha de ser la Francia una propiedad sujeta á espolio? ¿Y ha de pasar cómo si fuera un bien mostrenco á un corso....? Ha ! por Dios no incurramos en tamaña alevosía, como desposeer á nuestro señor natural, para dar su herencia al primer hombre de nada que la solicite. Si faltáran nuestros legítimos soberanos, para ser nuestro Rey, sería preferible á Buonaparte el último frances, y á lo ménos no sufririamos el sonrojo de obedecer á un extrangero.

Restame solo probar que si es necesario para la Francia el restablecimiento de la casa de Borbon, no lo es ménos para la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

Considerando primero los motivos personales; ¿se halla alguien en el mundo que quisiera fiarse de la palabra de Buonaparte? ¿No es punto de su política como inclinacion de su corazon pensar que consiste la habilidad en engañar, en mirar la buena fe como asunto de risa, y prueba de un entendimiento corto, y en mofarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido uno siquiera de quantos tratados con todas las potencias europeas ha hecho? Sus mas sólidas conquistas las ha hecho siempre quebrantando algun artículo de dichos tratados, y estando en absoluta paz; rara vez ha evacuado plaza que de-

bia restituir; y aun hoy que tan abatido se halla, en algunas fortalezas de Alemania todavía posee el fruto de sus rapiñas y las pruebas de sus mentiras.

Empero le atarán las manos de modo que no pueda cometer mas estragos. En valde fuéra debilitarle desmembrando la Francia, dexando guarniciones por cierto número de años en las plazas fronterizas, obligandole á pagar quantiosas sumas, forzándole á ceñirse á un corto exército y abolir la conscripcion, todo será inútil. Vuelvo á repetir que Buonaparte no ha mudado. Nada puede con él la mala fortuna, porque no era superior á la fortuna. En silencio meditará la venganza, y pasado uno ó dos años de sosiego, quando se haya disuelto la liga, y se haya vuelto cada potencia á sus estados nos llamará á las armas, se aprovechará de las generaciones que se hubieren formado, forzará ó se dexará atras las plazas de seguro, y de nuevo inundará la Alemania. Hoy mismo está hablando de incendiar á Viena, Berlin y Munike, y no puede resolverse á soltar su presa. ¿Tornarán los rusos de las orillas del Boristenes con la presteza necesaria para librar segunda vez la Europa? ¿se podrá retexer, quando todos los hilos de ella estén rotos, esta portentosa liga, fruto de veinte y cinco años de sufrimiento? ¿no habrá hallado Buonaparte medios para corromper á algunos ministros, seducir á algunos príncipes, despertar zelos antiguos, y acaso hacer partícipes de sus

intereses á algunos pueblos tan obcecados que baxo sus pendones militen? Por fin, ¿estarán en el trono todos los príncipes hoy reynantes; y no pudiera una mudanza de reynado acarrearla en la política? ¿Podrían entregarse potencias tantas veces engañadas en manos de una confianza que las perdería? ¡Que! ¿así se olvidarían de la soberbia de un aventurero que con tanta insolencia las ha tratado; que se jactaba de que le esperaban en su antesala monarcas; que expedia sus órdenes á los soberanos, establecia hasta en sus cortes sus espías y decia en alta voz que dentro de diez años seria su *dinastía* la mas antigua de Europa? ¿Han de contratar los reyes con un hombre que les ha hecho afrentas, quales no las sufriria un mero particular? Era la admiracion de Europa una reyna famosa por su hermosura, su valor y sus virtudes; y con los mas viles y mas cobardes insultos le anticipó la muerte. La santidad de los reyes no ménos que el decoro me impiden que repita las calumnias, groserías, y chocarrerías soeces que alternativamente lanzaba contra los mismos reyes y sus ministros, que hoy le dictan la ley en su alcázar. Si individualmente desprecian las potencias estos denuestos, por el interes y la magestad de los tronos, ni pueden ni deben despreciarlos, que están obligadas á darse á respetar á los pueblos, á romper al fin la espada del usurpador, y desacreditar para siempre el abominable derecho de la fuerza, que el imperio y la altivez de Buonaparte cimentaba.

Ademas de estos motivos individuales se ofrecen otros de mas alta trascendencia, que deben solos determinar á las potencias coligadas á cesar de reconocer á Buonaparte como soberano.

Al sosiego de los pueblos, á la estabilidad de los cetros, y á las vidas y familias de los soberanos importa que no pueda un hombre que ha salido de las infimas clases de la sociedad impunemente sentarse en el solio de su señor, hacerse lugar entre los legítimos soberanos, tratarlos de hermanos, y sacar de las revoluciones que le han encumbrado, fuerza suficiente para contrapesar los derechos de la legítimidad del linage. Si se da una vez este exemplo al mundo, ningun monarca tiene su corona segura. Si, en el seno de la civilizacion, puede dexarse á un corso el trono de Clodoveo, mientras andan vagabundos por la tierra los hijos de San Luis, ningun rey puede hoy decir que mañana reynará. ¿Quien ignora que todas las monarquías de Europa con poca diferencia son nacidas de las mismas costumbres y en los mismos tiempos, y que son realmente todos sus reyes especie de hermanos unidos por los vínculos de antiguas memorias y de la unidad de religion? Una vez destruido este vasto y útil sistema, y sentados en los solios linages nuevos que hagan prevalecer otras costumbres, ideas y principios diversos, se acabó la antigua Europa; dentro de pocos años habrá mudado una revolucion general la sucesion de

todos los soberanos. Así que deben los reyes tomar por suya la defensa de la casa de Borbon, como la de su propia familia. Lo que es cierto mirado baxo el aspecto de la monarquía lo es tambien por las leyes de la naturaleza. No hay monarca en Enropa por cuyas venas no corra sangre de los Borbones y que no deba reconocerlos por ilustres y desventurados parientes. Sobrado han aprendido ya los pueblos á dar empuje á los tronos. A los reyes toca hacerles ver que puede el solio dar vayvenes, mas nunca ser destruido, y que por dicha del orbe no dependen las coronas de los triunfos del delito y los juegos de la fortuna.

Tambien importa á la civilizada Europa, que la Francia, que por su índole y situacion es como el alma y el corazon de ella, sea feliz, floreciente y pacífica, y solo puede serlo baxo sus antiguos reyes. Qualquier otro gobierno prolongaría entre nosotros las convulciones que hasta los confines de la tierra se resienten. Solo los Borbones por la magestad de su linage, la legítimidad de sus derechos, y la moderacion de su carácter presentan suficiente fianza para los tratados, y pueden sanar las llagas del mundo.

Baxo el reynado de los tiranos están como en suspenso las leyes morales, así como en Inglaterra, en los tiempos de turbulencias, se suspende el acta en que estriba la libertad de los ciudadanos. Cada uno de por sí sabe que obra mal, y que va por una senda errada; pero se somete y se resigna á la opresion, con la disculpa de

que amanecerán mas serenos dias, que se recuperarán los derechos de la libertad y la virtud; que hay tiempos de iniquidad que es indispensable aguantar, como se aguanta uno de calamidad. Pero miéntras lleguen mejores tiempos hace el tirano quanto se le antoja, y es obedecido; puede arrastrar á la guerra un pueblo entero, oprimirle, y pedirle quanto tiene sin que se lo niegue. Todo esto es impracticable con un legítimo soberano; baxo un cetro legal todo el mundo disfruta sus derechos, y practica sus virtudes. Si quisiera el rey exceder los límites de su potestad encontraría estorbos en todas partes; le harían representaciones todos los cuerpos, hablarían todos los particulares, y le opondrían la razon, la conciencia y la libertad. Por eso Buonaparte, si le queda un solo lugar en Francia, es mas terrible para la Europa, que los Borbones con la Francia hasta el Rhin.

¿Pueden acaso dudar los reyes qual es la opinion de la Francia? ¿Creen que con tanta facilidad habrían llegado hasta el Louvre, si no los hubieran esperado como á sus libertadores los franceses? ¿No han presenciado en todos los pueblos donde han entrado manifiestas señales de esta esperanza? ¿Que oimos en Francia seis meses hace, sino estas palabras: *¿Están los Borbones? ¿donde están los príncipes? ¿vienen? ¡Ha! ¡si viéramos una bandera blanca!* Por otra parte todos los pechos rebosan horror al usurpador. Tanto es el odio que excita,

que con un pueblo marcial ha podido mas que quanto se padece con la presencia del enemigo y ántes han querido sufrir la invasion, que exponerse á conservar á Buonaparte toda su vida. Si han peleado los exércitos, tributemos nuestra admiracion á su denuedo y nuestra compasion á sus desgracias; tanto y mas que los demas franceses al tirano detestan, pero le han hecho juramento; y los granaderos franceses mueren victimas de su palabra. La vista del estandarte militar inspira la fidelidad; nuestros soldados han hecho un pacto sagrado desde los Francos nuestros ascendientes hasta nosotros, y han contraido, por decirlo así, matrimonio con sus espadas. No nos persuadamos á que es el sacrificio del honor apego á la esclavitud: lo que aguardan nuestros esforzados guerreros es verse sueltos de sus promesas. Reconozcan los franceses y los aliados á nuestros legítimos príncipes, y al instante, libre el exército de sus juramentos se alistará baxo el pendon sin mancilla, tantas veces testigo de nuestras victorias, algunas de nuestras derrotas, pero siempre de nuestro esfuerzo, y nunca de nuestra ignominia.

No hallarán estorbo ninguno á su designio los monarcas aliados, si quieren adoptar el único partido que el sosiego de la Francia y de la Europa entera puede afianzar. Satisfechos pueden estar ya con los triunfos de sus armas. Nosotros franceses debemos mirar estos triunfos solo como una leccion de la Providencia, que sin humi-

llarnos nos castiga. Podemos á las claras alabarnos de que lo que baxo nuestros legítimos príncipes hubiera sido imposible, solamente baxo el reynado de un aventurero ha podido suceder. De hoy mas deben los reyes aliados aspirar á mas solida y durable gloria. Vengan con sus guardias á la plaza de nuestra revolucion, manden celebrar en ella una pompa funeral, en el sitio mismo en que rodáron las cabezas de Luis y Antonia; reconozca este congreso de reyes, llorando, de rodillas, la diestra en la ara, y en medio del pueblo frances á Luis XVIII rey de Francia, y presentarán al universo el mas noble espectáculo que visto haya, y se grangearán una gloria que no podrán borrar los siglos.

Mas ya se ha cumplido parte de estos sucesos, y en prodigios se han eslabonado prodigios. Como Atenas, ha visto Paris, entrar dentro de sus muros á extrangeros que le han respetado en gloria de su fama y sus claros varones. Al lado de nuestros conciudadanos han dormido ochenta mil soldados vencedores sin perturbar su sosiego, sin cometer la menor violencia, y sin entonar siquiera un cántico de victoria; como libertadores en fin, no como conquistadores.... ¡Gloria inmortal á los soberanos que semejante exemplo de moderacion en la victoria han podido dar al orbe! ¡De quantas injurias tenían que tomar venganza! No han confundido empero á los franceses con el tirano que los oprime, y por eso han cogido ya el fruto de su magnanimidad.

Los moradores de Paris los han recibido como si fueran nuestros verdaderos monarcas, como á principes franceses y á Borbones. En breve veremos á los descendientes de Henrique IV; así nos lo ha prometido Alexandro, que no ha echado en olvido que se depositó en los archivos de Rusia el contrato de matrimonio del duque y la duquesa de Angulema. Nos ha conservado fielmente esta postrera acta pública de nuestro legítimo gobierno, y la ha traido al general depósito de nuestros diplomas, donde tambien conservarémos nosotros la historia de su entrada en Paris, como uno de los mayores y mas gloriosos monumentos de la historia.

No por eso separemos de los dos soberanos que hoy habitan en nuestra Capital, á este otro soberano, que á la causa de los reyes y al sosiego de los pueblos consagra el mas costoso sacrificio, vea como monarca y padre, en la ternura, la gratitud y la admiracion de los Franceses, la digna paga de sus virtudes.

Franceses, amigos, compañeros en la desventura, olvidémonos de nuestras contiendas, nuestras enemigas y nuestras ilusiones por librar la patria; estrechémonos en reciprocos abrazos cabe las ruinas de nuestro amado pais; llamemos en socorro nuestro al heredero de Henrique IV y Luis XIV, para que venga á enxugar las lágrimas de sus hijos, á restituir á su familia la felicidad, y á tapar con amor nuestras llagas con el real manto de San Luis casi despedazado con

nuestras propias manos. Pensemos en que á un solo hombre son debidos quantos males sufrimos, la pérdida de nuestros caudales y nuestros exércitos, las desgracias de una invasion, la muerte de nuestros hijos, los disturbios y la desorganizacion de la Francia toda, y la pérdida de nuestros fueros; y en que todos los opuestos bienes tambien á un solo hombre los deberémos. Hagamos, pues, que en todas partes resuene la voz que puede salvarnos, la voz que en la victoria, como en las desgracias, alzaban nuestros padres, y que para nosotros será señal de paz y felicidad: *Viva el Rey!*

FIN.